

Homenagem à Profa. Maria Clara Lucchetti Bingemer

**Editores**

Breno Martins Campos  
Ceci Maria Costa Baptista Mariani

**Conflicto de intereses**

No hay conflicto de intereses.

**Recibido**

27 mar. 2024

**Aprobado**

26 jun. 2024

# María Clara Lucchetti Bingemer: el rol del amor en la vida intelectual

## *María Clara Lucchetti Bingemer: the role of love in intellectual life*

Mariano Carou<sup>1</sup> 

<sup>1</sup> Universidad del Salvador, Facultad de Filosofía, Historia, Letras y Estudios Orientales. Buenos Aires, Argentina.

E-mail: <mariano.carou@usal.edu.ar>.

**Cómo citar este artículo:** Carou, M. María Clara Lucchetti Bingemer: el rol del amor en la vida intelectual. *Reflexão*, v. 49, e2410763, 2024. <https://doi.org/10.24220/2447-6803v49a2024e2410763>

### Resumen

En este artículo, reflexionamos acerca del rol que en la vida intelectual cumple el amor bajo sus formas de eros (Ἔρως), *filia* (Φιλία), *agape* (Αγάπη). Partimos de la premisa de que la tarea del investigador y del académico en general, si no está imbuida de amor, no tiene verdadero valor. El amor define así una actitud epistemológica, caracterizada por la pasión, la humildad, la empatía – expresada, entre otras cosas, por el intento de comprender los sistemas de pensamiento de nuestros colegas, el agradecimiento, el ecumenismo, la apertura y una actitud celebratoria. Esta actitud epistemológica basada en el amor no atañe simplemente a la idoneidad moral de los intelectuales, sino también a sus competencias académicas. Para desarrollar esta hipótesis, nos valemos tanto de citas académicas, como de reflexiones personales y, sobre todo, del testimonio de la profesora María Clara Lucchetti Bingemer, no solo a modo de homenaje, sino como una demostración cabal de que esto que sostenemos tiene cumplimiento real.

**Palabras-clave:** Amor. Verdad. Vida intelectual.

### Abstract

*In this article, we reflect about the role that love plays in intellectual life through its forms: eros, philia, and agape. We start from the premise that the task of the researcher and the academic, if it's not imbued with love, lacks true value. Love thus defines an epistemological attitude characterized by passion, humility, empathy – expressed, among other things, by attempting to understand the thought systems of our colleagues – gratitude, ecumenism, openness, and a celebratory attitude. This epistemological attitude based on love concerns not only to the moral suitability of intellectuals but also to their academic competencies. To develop this hypothesis, we draw upon both academic citations and personal reflections, and above all, on the testimony of Professor María Clara Lucchetti Bingemer, not only as a tribute but also as a clear demonstration that what we uphold finds real fulfillment.*

**Keywords:** Love. Truth. Intellectual life.

### Introducción

*Quia rem prorsus ignotam amare omnino nullus potest*  
(San Agustín, *De Trinitate*).

“Nadie puede amar lo que no conoce” es, quizás, una de las intuiciones más lúcidas, simples y reveladoras de San Agustín (1966, libro X, cap. I). Aunque el

obispo de Hipona se esfuerce en demostrarlo en forma convincente, la evidencia de esas palabras y su fuerte consonancia con la realidad la convierten casi en un axioma, por lo que no presenta lugar a discusión. Ahora bien: que nadie puede conocer algo en profundidad, e incluso producir conocimientos nuevos a partir de ello si no está animado por el amor, ya deja de ser una obviedad. Sin embargo, el rol del amor en la búsqueda de conocimiento es preponderante. Es más: la vida intelectual carece de sentido si no está animada por el amor. Somos conscientes de que esta afirmación puede suscitar cierta extrañeza. Resulta ocioso decir que no nos referimos al afecto presente en las relaciones humanas en cuanto tales<sup>2</sup>; sin embargo, sostenemos taxativamente que hay una dinámica amorosa que debe guiar la búsqueda de la verdad. Parafraseando a Pablo (1 Cor 13, 13), bien podemos decir que tenemos la fe<sup>3</sup> – en nuestras convicciones y en la verificación de nuestras hipótesis, la esperanza – que nos ayuda a seguir adelante en nuestras aventuras epistemológicas, más allá de cualquier obstáculo – y el amor – que nos mueve a ir siempre tras la verdad, el bien y la belleza; pero la mayor de estas tres virtudes es, en efecto, el amor. Poco vale la sagacidad, la originalidad, las listas interminables de evidencias o la correcta aplicación de las reglas del discurso al escribir un artículo o preparar una conferencia: si no nos mueve el amor, de nada sirve. Amor entendido, desde ya, en la complejidad y el colorido de su horizonte: eros (Ἔρως), *filía* (Φιλία), *agape* (Ἀγάπη). En cualquiera de sus formas, es el amor el que debe regir todo camino académico y presidir toda celebración del saber.

Estas palabras iniciales tienen por objetivo presentar una hipótesis, y bajo esa modalidad se presenta: el amor configura una actitud epistemológica indispensable para la fructificación y multiplicación del saber. En rigor, más que de una hipótesis, deberíamos hablar de la demostración de la misma, ya que aquello que queremos probar cuenta de antemano con una verificación empírica, un ejemplo claro, contundente y probatorio. Si osamos decir que el amor debe presidir la búsqueda intelectual no es solo debido a una intuición más o menos lúcida, sino porque lo hemos visto demostrado en la trayectoria de María Clara Lucchetti Bingemer. El camino de esta pensadora, su actitud frente al saber, su modo de encarar la actividad académica, la amplitud del marco epistemológico desde el que escribe, su compromiso con la actualidad, los rasgos de su personalidad puestos al servicio de la teología – y en particular de la teopoética, la inscriben, desde ya, en una larga estirpe de investigadores y docentes ejemplares – como los que, sin duda, han contribuido a su propia formación. Pero fundamentalmente debemos recalcar que, además, todo ello constituye una evidencia irrefutable de que *“l’amor che muove il sole e l’altre stelle”* mueve también de modo sostenido esa travesía que se despierta con una chispa, con una llamada, que nos predispone a cruzar el umbral e internarnos, como el héroe clásico, en el mundo abisal del conocimiento.

Para confirmar esa hipótesis inicial – o, quizás, esa intuición ya demostrada, analizaremos uno por uno los rasgos más relevantes que sustentan nuestra afirmación, a fin de proponer este camino con valor universal. En ocasiones utilizaremos la primera persona del plural, y en otros, más testimoniales, la del singular: es de esperar que esta oscilación no constituya un obstáculo, sino que más bien contribuya a expresar las ideas con mayor claridad y caridad.

## El rol de la pasión en la vida intelectual: hacia una erótica del saber

Una de las primeras constataciones a las que todo estudiante de filosofía se enfrenta es una experiencia por la que ha transitado cualquier persona que ha pasado tiempo libre mirando el fuego,

<sup>2</sup> Sin embargo, no deja de resultar llamativo que alguien diga que “se casa con su profesión”, o que muchos sostengan que sus libros son “como sus hijos”.

<sup>3</sup> No olvidemos que, para el autor de la Carta a los hebreos, la fe es “la garantía de lo que se espera, la prueba de lo que no se ve”. ¿Acaso la verificación de una hipótesis o la ratificación de ciertos presupuestos no es “lo que se espera”, lo que todavía no vemos – apenas intuimos, pero esperamos ver al final de un proyecto de investigación?

el mar o la montaña; un principio que ya había formulado Platón, sobre el que luego que volvió Aristóteles, y cuya reafirmación en pleno siglo XX de la mano de Jaspers no hace más que demostrar su vigencia: el asombro es uno de los principales disparadores ya no solamente del filosofar *stricto sensu*, sino de toda tarea intelectual (Jaspers, 1992). La admiración y la estupefacción mueven a preguntar, a indagar, a interesarse; a curiosear en sentido epistemológico. Habitados por esa sed de profundidad, la fascinación nos entusiasma y nos hace salir de nosotros mismos a la búsqueda de respuestas más o menos provisionales y, sobre todo, de nuevas preguntas. Al igual que Abraham (*Gn* 12), nos mueve dejar la tierra conocida de nuestros saberes e ir hacia aquella que, en el horizonte de nuestras investigaciones, se nos presenta como promesa.

Los antiguos, además, hablaban de una *libido sciendi*, una suerte de “erótica del saber”, que Recalcati extendió, acertadamente, a la tarea del educador<sup>4</sup>. Hay, en efecto, un deseo por saber que no solo predispone a la mente, sino que enciende el corazón y los sentidos. La antigua y entrañable etimología latina de ‘sabor’, entroncada en *sapere*, nos lo recuerda. Inclusive puede remitirnos a aquello que permanece en nosotros en forma distante, a lo que puede re-conocerse como re-sabio. Por su parte, los franceses han distinguido siempre entre *savant*, “sabiente”, “el que sabe”, “el que conoce”; y *sage*, “sabio”, término que utilizan también para preguntarles a los niños si se han manejado con prudencia y corrección (“T’as-été sage?”).

Pero que estas afirmaciones que vinculan pasión y saber sean repetidas una y otra vez no significa que estén internalizadas. En un artículo reciente, el investigador español Diego Garrocho Salcedo afirma que los profesores cada vez más nos vemos involucrados en una competencia darwiniana y que “hemos convertido la universidad en un absurdo que conjuga el activismo simplón con los abusos de la producción capitalista” (Garrocho Salcedo, 2024, p. 4). Es más: embarcados en una carrera contrarreloj para producir artículos y montados en un eficientismo propio del mundo de la industria, pareciera que en la búsqueda académica la pasión debe ceder su espacio al rigor intelectual, y la necesaria búsqueda de claridad y precisión acaba por convertirse en aridez metalúrgica. El ámbito de las humanidades, por desgracia, no es la excepción. Sobreabundan las publicaciones que hablan sobre poesía con una rispidez que no desentonaría en un tratado de biología molecular o de análisis matemático: textos deserotizados, fríos, asépticos. Incapaces de tocar ya no las fibras más íntimas de la existencia, sino simplemente de rozar la piel. Al igual que Foucault, nos preguntamos qué sentido puede tener en nuestra sociedad seguir presentando a la educación – en cualquiera de sus niveles, pero sobre todo en el universitario – como algo carente de atractivo (Michel Foucault [...], 2020). El temor al descrédito o al pulgar hacia abajo ante la presentación de un artículo o una tesis nos han convertido en reproductores compulsivos de fórmulas del buen decir, en atletas del lenguaje que evitan los gerundios, los adjetivos y los adverbios<sup>5</sup>, reproduciendo formulaciones de moda y catálogos léxicos incomprensibles, que nos cuesta muchas veces insertar en nuestros trabajos, pero que nos aseguran un lugar en las páginas más prestigiosas. Nada más lejos de la *libido sciendi* y de aquel adagio horaciano que hoy, gracias a una serie de televisión<sup>6</sup>, ha vuelto a tener prestigio: *sapere aude*.

Recuerdo, sin embargo, numerosas conversaciones que hemos mantenido con María Clara Lucchetti Bingemer, tanto en Buenos Aires, como en Río o en Oporto. En esas ocasiones, nos contagiamos mutuamente la admiración y la pasión por Karl Rahner, Atahualpa Yupanqui o Simone Weil. Y esto no solo durante charlas informales, desde ya: entre las muchas conferencias suyas que he tenido el privilegio de escuchar, recuerdo una ponencia en particular<sup>7</sup> que luego me tocó

<sup>4</sup> El libro que se exhibe al respecto es *La hora de clase. Por una erótica de la enseñanza* (Recalcati, 2016).

<sup>5</sup> Estas, al menos, son algunas de las recomendaciones habituales para la escritura académica en español.

<sup>6</sup> Nos referimos a *Merlí*.

<sup>7</sup> Bingemer (2021).

traducir al español. En ella, la profesora Bingemer hacía un contrapunto formidable entre Sophia de Mello Breyner y Adélia Prado. Al detenerme en el texto durante el trabajo de traducción, el lenguaje brillante y cálido de su escritura me hizo comprobar que en ningún momento el necesario rigor académico había podido ensombrecer la calidez de la exposición. En rigor, lo que se evidenciaba era que el propósito era el contrario: la minuciosidad de las citas y la lógica de los razonamientos no mostraban preocupación por cumplir con requerimientos formales sino, más bien, dejaban en claro que los poemas presentados la habían atravesado también a ella, a la conferencista; que estas dos inmensas poetisas eran en cierto sentido sus amigas, ya que era capaz de expresar una sintonía profunda con sus discursos.

## “Enanos sobre hombros de gigantes”

Esta frase que la tradición atribuye a Bernardo de Chartres<sup>8</sup> es, desde ya, una premisa insoslayable que todo estudioso, y en particular todo intelectual, debe asumir en la enormidad de su significado. A la celebración inicial que nos sobreviene al constatar que saber, buscar, pensar, nos apasiona y nos atraviesa, se suma el momento de bajar la cabeza y reconocer que, en rigor, transitamos por sendas que abrieron otros. El entusiasmo debe venir de la mano de la humildad, si lo que pretende es ser fecundo. No solo fecundo: también realista. De hecho, la etimología de *ἐνθουσιασμός* indica la presencia de un Otro, de un Dios – con mayúscula o con minúscula – que nos habita. Somos porque otros nos dan la vida, y conocemos porque otros nos abren los caminos del saber. Por eso, si la humildad – es decir, el sentido de realidad aplicado a la posición que ocupa cada uno – no nos mueve a reconocer y agradecer esa biosfera del conocimiento en que nos movemos, todo lo que hagamos, tarde o temprano, terminará precipitándose en el barranco de la autorreferencia.

Sin embargo, esta necesaria y saludable condición realista, que parecería una verdad de Perogrullo, no resulta tan evidente en la práctica como parece. Con estupor descubrimos a diario que para algunos catedráticos los títulos académicos son una suerte de título de nobleza. En ciertos casos, estamos tentados de creer que “doctor” ha reemplazado a “duque” o “marqués”. No faltan los conferencistas que se sienten agraviados cuando en un congreso el presentador recorta las decenas de títulos y cargos de los que dejó constancia para exhibir como trofeo ante la audiencia; o quienes multiplican las trabas burocráticas para impedir que quien no ostenta títulos pueda ya no enseñar – tarea que, en definitiva, se rige por políticas públicas, sino simplemente hablar en foros reconocidos; o quienes, sencillamente, son capaces de excluir hasta de una instancia informal – almuerzo, charla – a quienes presentan una formación menos completa. Son datos de la experiencia, y del siglo XXI, no del XIX. No estamos diciendo que hay que eliminar los necesarios controles de idoneidad profesional; pero no olvidemos que, después de todo, Borges no tenía título universitario y, sin embargo, era profesor de la Universidad de Buenos Aires, más idóneo que cualquier otro. Sobran los ejemplos al respecto. Sin ánimo de malinterpretar o de cargar las tintas sobre algo que en definitiva no es tan relevante, podemos concluir que quizás la máxima evangélica de no llamar a nadie “maestro” (Mt 23, 8-10) sea un poco extrema si se la toma en sentido literal, y es justo reconocer el mérito de quien se ha formado para llegar adonde llegó; pero la segunda parte de esa sentencia bíblica debería ser de riguroso cumplimiento: “El que es mayor entre ustedes que sea el servidor de todos, porque el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado” (Mt 23, 11-12).

<sup>8</sup> Es Juan de Salisbury quien la atribuye al filósofo francés en su *Metalogicon* (III, 4); Umberto Eco duda de esta atribución.

La lógica evangélica invierte los roles. El título de “doctor” se transmuta – o debería hacerlo – en el de “servidor”. Si sabemos más, si tenemos el privilegio de haber estudiado y producido conocimiento, es para jalonar el ancho sendero iniciado por quienes nos precedieron, y que será recorrido por quienes nos seguirán. A menos que nos provoque un placer solipsista hablar entre nosotros y para nosotros, el interminable edificio del conocimiento que día a día construimos es para que otros lo habiten, quienquiera que sea.

Capítulo aparte merecen quienes plagian a otros para adelantarse en logros que puedan exhibir. Muchas veces ni siquiera es por el dinero – que puede ser abundante detrás de una patente científica o un premio relevante, sino por el mero hecho de ser los únicos, los primeros – nuevamente el evangelio nos sale al paso en Mt 20, 16, los más poderosos, los más admirados y convocados. Allí ya se interpone una cuestión ética que, a todas luces, resulta inaceptable. Pero no es la única forma de egoísmo y egocentrismo que se exhibe en el mundo académico: también están quienes escatiman los conocimientos, los contactos, los recursos, para que nadie más acceda a una posición de mayor visibilidad o reconocimiento. En este sentido, nuevamente, la profesora Bingemer ha dado pruebas suficientes de un comportamiento ejemplar: su generosidad para establecer contactos; su humildad a la hora de compartir lo que sabe y lo que otros le han enseñado; su capacidad de dar un paso al costado y dejar que sean los más jóvenes quienes tomen la posta; todo ello corrobora lo que decimos. Recuerdo que en cierta ocasión di una conferencia en la Universidad del Salvador, donde trabajo y ella, automáticamente, me escribió diciéndome: “Esta charla es un curso entero de teología y no te la podés guardar para vos. Tenés que escribirla, y te voy a recomendar con X para que la publique”. Seguí su consejo, y esas páginas, que gracias a su solicitud salieron en una prestigiosa revista argentina, se convirtieron luego en un capítulo de mi tercer libro, que cuenta, precisamente, con prólogo de ella. La humildad, en ese caso, se convirtió en amor puesto al servicio.

### **“En distintas lenguas, según el Espíritu les permitía expresarse” (Hch 2, 4)**

Este último párrafo nos lleva a un tema con el que, en principio, pareciera no haber conexión explícita; sin embargo, no resulta difícil descubrirla. Nos referimos a la cuestión de los idiomas que manejamos en nuestra tarea. Partamos de la base de que una lengua es mucho más que un código. Es un universo con complejas reglas de funcionamiento, que deja ver una lógica con algo de universal y bastante de particular. Si bien las familias lingüísticas tienen sus parentescos evidentes – algo que agradecemos los hablantes de español, portugués, francés o italiano, entre muchos otros idiomas, ante la facilidad que se nos presenta a la hora de comprendernos, lo cierto es que siempre hay peculiaridades. Volvamos a un ejemplo que ya mencionamos: cuando en francés se dice de alguien – en particular de un niño – “tu as été sage”, decimos literalmente “has sido sabio”, pero en realidad estamos diciendo “te has portado bien”. Bondad, prudencia en el obrar o corrección se convierten así en la práctica en sinónimos de sabiduría en el habla del francés<sup>9</sup>, pero en español – o en otros idiomas – la connotación que se intenta remarcar es siempre moral. Vayamos con otro ejemplo: aunque saber algo “de memoria” se traduce al francés por saberlo “par cœur” o al inglés por “by heart”, es fácil constatar la diferencia abismal de sus connotaciones. Resulta aciaga y reduccionista – por no decir “pobre”, a secas – una expresión que solo puede apelar a una facultad intelectual, en tanto que las otras implican un compromiso vital, íntimo, que pasa por el corazón. Un

<sup>9</sup> Distinguimos “lengua” de “habla” en el sentido saussureano de ambos términos: el primero referido al lenguaje como código, como estructura lingüística, y el segundo como puesta en práctica del lenguaje por un grupo de hablantes

último caso: en mapudungun – como en muchas lenguas aborígenes – no existen los sustantivos abstractos. Sus hablantes, los mapuches, están demasiado ligados a los saberes prácticos como para interesarse por el mundo ebúrneo de las ideas. Por ese motivo, para decir “belleza”, por ejemplo, debe recurrirse a una construcción que significa, literalmente, “ser lindo”: *adnguen* (*ad*, lindo, *nguen*, ser). Es decir: puede que la belleza como concepto no *tenga* un nombre específico y *ad hoc*, pero sí concreción óntica.

¿Por qué nos detenemos en estas cuestiones, si lo que nos habíamos propuesto era hablar del rol del amor en la tarea intelectual? Porque resulta evidente que no estamos solo ante una habilidad que permite conocer un texto en su versión original; para eso alcanzaría con manejar dos o tres buenas traducciones comentadas. Hoy en día, además, el ChatGPT hace que podamos contar en tiempo real con traducciones decentes que nos permiten salir del paso en un congreso o en una conferencia. Sin embargo, hay mucho más detrás. Para un investigador, hablar un idioma implica un mayor o menor grado de empatía con un sistema de pensamiento. Más allá de la instrumentalidad práctica de dominar el inglés a la hora de escribir un *abstract* o comunicarse con colegas de otras latitudes, hablar otras lenguas nos permite acercarnos a los modos de comprensión de otras mentes y, por consiguiente, de otras formas de ver el mundo. ¿Qué hay en la intrincada gramática del alemán que llevó a Heidegger a acuñar aquellos términos que nos complican la lectura de *Sein und Zeit*? ¿De qué modo influyó la claridad meridiana del latín en las formulaciones perfectamente acabadas y matemáticas de la teología escolástica? ¿Por qué en pleno siglo XXI no existe aún acuerdo acerca de la correcta traducción de *saudade*?

Por otra parte, la capacidad de hablar correctamente otra lengua implica una ascesis, un ejercicio de humildad, ya que debemos abandonar los esquemas que nos resultan conocidos y familiares y embarcarnos en un barco cuyas velas son impulsadas por otros vientos. Aquí aparece la conexión con el apartado anterior. Internarse en una lengua que no sea la materna implica un alejamiento del propio yo, de nuestras seguridades y de nuestro automatismo. Se trata de descentrarse, en el sentido de movernos de la posición central en la que nos ubicamos y alrededor de la cual orbitan todos los elementos, personas y saberes de nuestras búsquedas académicas. Es también un “descalzarse”, porque el idioma en el que estamos entrando es en cierta manera tierra sagrada (*Ex 3, 5*), ya que los pueblos rezan, cantan y poetizan en sus respectivas lenguas; porque se explican a sí mismos y generan narrativas que les sirven de brújula en un idioma determinado; porque se presentan ante el mundo con unas palabras y no con otras; porque se llaman a sí mismos y se comunican con la Trascendencia con determinados giros lingüísticos.

En este sentido, cualquiera que haya escuchado a la profesora Lucchetti Bingemer pasar del portugués al español, inmediatamente del español al inglés, luego nuevamente al portugués y desde allí citar una frase en impecable francés, sabe que esa habilidad no es una mera pose: es una actitud intelectual, una manera de volver más eficaz la comunicación, la reflexión y la polifonía. En cierta ocasión la consulté acerca de una palabra que en portugués ofrecía cierta ambigüedad, y que en español decididamente dispararía significados opuestos. Su respuesta fue: “tenés que traducirla en tal sentido, que es el que le dio la autora en todos sus poemas”. Es decir: el término en cuestión no marcaba una simple preferencia lingüística coyuntural, sino que estaba en consonancia con toda una obra y una manera de ver el mundo.

### **“Que todos sean uno” (Jn 17, 20)**

El crecimiento intelectual también puede ser concebido tomando como metáfora la construcción lenta, cuidadosa y colorida de un vitral. Pero en el caso que nos ocupa no vamos a

tomar cualquiera, al azar, sino alguno de los que se encuentran en la Iglesia de la Reconciliación de Taizé, la comunidad monástica ecuménica ubicada en un pequeño pueblo de Borgoña, a diez kilómetros de Cluny. Desde su fundación, en la década de 1940, recibe peregrinos de todo el mundo pertenecientes a todas las confesiones cristianas. Año a año, miles de jóvenes permanecen una o varias semanas en Taizé, compartiendo la vida y la fe con personas completamente ajenas a su mundo cotidiano. A esto se suman los encuentros continentales que se realizan a fines de diciembre en diferentes ciudades europeas. Gracias a todo eso, no ha dejado de acrecentarse en la vida espiritual de Europa el rol destacado de esta “parábola de comunión”, como a los hermanos les gusta definirse a sí mismos. Algunos amigos y visitantes frecuentes de la comunidad, como fueron en su momento Paul Ricoeur u Olivier Clément, han escrito páginas luminosas acerca de Taizé, gracias a las cuales es posible comprender este fenómeno. A ellas se suman los escritos que algunos de los propios hermanos han publicado a lo largo de los años, acerca de temas tales como la vida en común, la espiritualidad, los estudios bíblicos o diversos asuntos de teología y ecumenismo. Se destacan, por ejemplo, los libros de fr. Pierre-Yves, fr. Max, fr. John, fr. Émile y sobre todo el propio fr. Roger, el fundador<sup>10</sup>.

El papa Juan XXIII dijo en cierta ocasión “¡Ah, Taizé, esa pequeña primavera!”, queriendo significar así cómo los hermanos habían convertido aquella colina en un lugar de florecimiento espiritual. En la misma línea se encuentran las palabras pronunciadas por Juan Pablo II – que ya como arzobispo de Cracovia había visitado la comunidad en dos ocasiones – cuando se detuvo en la *communauté* en 1986. De su discurso<sup>11</sup> recordaremos solo dos frases: “Se pasa por Taizé como se pasa por una fuente” y “yo os he visitado cuando erais más jóvenes. Pero hoy os habéis vuelto más jóvenes aún”. La primera de las frases es conocida para los habitués de la colina; la segunda, en apariencia – solo en apariencia – más trivial, no lo es tanto. Las traemos a la memoria porque consideramos que son apropiadas para abordar otra de las características que dan cuenta del rol del amor en la vida intelectual: la apertura y el ecumenismo, en sentido amplio.

En efecto, para que el conocimiento como construcción colectiva sea una realidad y no una entelequia, se necesita apertura y ecumenismo. Apertura que aporte el frescor de la fuente, sacudiendo las aguas estancadas de los dogmatismos férreos y formalistas, porque lo que se busca no es tener razón, sino peregrinar juntos buscando la verdad; y ecumenismo para regocijarnos en este mutuo refrescarse. Apertura que hace florecer nuestras búsquedas como una primavera y que, por consiguiente, nos vuelve más jóvenes de espíritu, nos hace florecer cada vez más y mejor; y ecumenismo para afianzarnos en nuestros rasgos particulares, sin olvidar que más allá de las diferencias estamos invitados a la misma mesa. Apertura que nos invite a recibir todo lo bueno, *venga* de donde venga, y ecumenismo para no perder de vista que la unidad no es uniformidad, y que por encima de la mera opinión hay que tener en cuenta que el objetivo último es apreciar la sinfonía. Como dijo Balthasar (1992, p. 10):

La verdad cristiana es sinfónica. Proclamarlo a los cuatro vientos y tenerlo siempre presente nos parece quizá la tarea más necesaria del momento actual. Pero la sinfonía no supone en modo alguno una armonía almibarada y sin tensiones. La música más profunda y sublime es siempre dramática, es acumulación y resolución (a un nivel más elevado) de tensiones, de conflictos. Pero la disonancia no tiene nada que ver con la cacofonía. Tampoco es el único medio de poner en marcha la tensión sinfónica.

<sup>10</sup> He escrito sobre Taizé en otras ocasiones, para lo cual remito a: Carou (2004); y puntualmente sobre los escritos y el testimonio de vida del hermano Roger en: Carou (2020).

<sup>11</sup> Juan Pablo II (2008).

Esto, tan lejano del *extra ecclesia nulla salus* como del relativismo estéril que nos empantana en un aturdimiento grosero y mediocre, no es una mera declaración de principios, ni un deseo elegante aplicable a filósofos y teólogos. Tiene validez en la economía, en la técnica, en la ciencia, en todo campo del quehacer humano. ¿Cómo encontrarían los pueblos una solución a sus problemas – ambientales, económicos, políticos – si desconocieran los caminos que ya han dado frutos en otras latitudes? Por poner un ejemplo reciente: ¿cómo habría sobrevivido la humanidad a la pandemia del COVID-19 de no haberse internacionalizado los avances en prevención, tratamiento y vacunas? Algunos gobiernos, de hecho, pagaron en las urnas la mezquindad con que se manejaron al respecto, ya sea minimizando criminalmente la enfermedad o priorizando amiguismos políticos por sobre el bien común.

Las palabras de Balthasar, además, nos invitan a asumir las tensiones, porque sin ellas no se construye nada, ni una casa, ni un medicamento, ni una encíclica. Mucho menos el enorme y polifacético caleidoscopio de la vida intelectual. Ignorar el drama inherente a la diferencia, además de simplista, es ineficaz, ya que cualquier solución que se intente desde allí resulta percedera al corto plazo. El desafío de todo investigador, de todo profesor, de toda persona que se embarca en la búsqueda de la verdad no es abrazar la roca de sus certezas para evitar caer al vacío, sino abrir una a una las puertas que aparecen, formular nuevas y mejores preguntas, afinar su instrumento y animarse a tocar junto al resto de la orquesta.

A esta altura, hablar del ecumenismo de la profesora Bingemer resulta casi innecesario: a lo largo de todos sus escritos, sus conferencias y su testimonio de vida no ha hecho otra cosa que poner sobre la mesa cuestiones como el feminismo, el diálogo interreligioso, el compromiso político y tantas otras problemáticas que, de no abordarse, terminan produciendo en el seno de la teología aquello que Rahner – tan admirado por esta investigadora – denunciara en su momento: el anquilosamiento y la irrelevancia cada vez mayor de la teología (Gibellini, 1998). En efecto, hasta bien entrado el siglo XX, la teología pecó de solipsismo y no se animó a hablar de lo que había que hablar. Recién con Juan XXIII y su profética convocatoria a un concilio llegó el *aggiornamento*, que solo fue posible a partir de una apertura y transformación del corazón. Llegó el momento de mirar al otro, de hablar de temas espinosos, de dejar de lado el hierro para empuñar el olivo. A la distancia, resulta cada vez más claro que no había otro camino más que proceder así, con ese grado mayúsculo de apertura. Quienes se mostraron abiertos eran conscientes de la precariedad de sus certezas. No precarias por improvisadas o rústicas, sino porque entran en esa *dynamique du provisoire* de la que hablaba siempre fr. Roger de Taizé, y porque nos hacen conscientes de que nadie, y mucho menos un teólogo, debe dejar de caminar y preguntar. Si Cristo dudó en Getsemani e increpó al Padre en la cruz, no es factible que un cristiano nunca dude. Seguimos así también el ejemplo de Rahner, quien, como me dijo una vez la profesora Bingemer, citando a Jon Sobrino y a Ignacio Ellacuría, “era un hombre que llevaba con la mayor elegancia sus dudas de fe”. Sin la humildad y la apertura que nos dan estas dudas, o mejor aún, estas certezas provisorias, la vida intelectual está muerta.

Ahora bien: ¿qué relación guarda esto con el amor, que es el *leit motiv* de estas páginas? Una muy simple y muy estrecha: solo reconociendo, desde el amor, que el otro es valioso, que tiene algo para aportarme y que yo puedo retribuir, es como puedo abrirme al don que representa en mi vida. Sabemos que muchas veces la mezquindad, la inseguridad, la soberbia y los intereses creados guían el camino de personalidades relevantes del ámbito académico, que incluso pueden tener éxito muchas veces; pero tarde o temprano la farsa se desmorona. Solo el amor es la roca sólida en la que se asienta la verdadera búsqueda de la verdad, la que impide que la casa se derrumbe (Mt 7, 24-27) y que resista las tempestades.



## “Y comenzó la fiesta” (Lc 15, 24)

Finalmente, vamos a volver sobre Agustín. Nos detendremos en un párrafo de *De Trinitate*:

(Quien se acerca al conocimiento a tientas) Ama porque conoce e intuye en las razones del ser la belleza de la ciencia, en la que se contienen las nociones de todos los signos, y la utilidad de un arte que hace posible a los hombres comunicar entre sí sus pensamientos, para que la sociedad humana no sea algo peor que la soledad estéril, como sucedería de no poder comunicarse los hombres sus ideas por medio del lenguaje (San Agustín, 1966, p. 576, traducción propia)<sup>12</sup>.

Agustín está hablando de la admiración que siente ante quienes se acercan al saber sin conocer cabalmente el objeto de su búsqueda, por puro amor y ansia de avanzar en ese camino. Afirma entonces que quien así procede ama porque “porque conoce e intuye en las razones del ser la belleza de la ciencia”. Podríamos decir que, en cierto modo, ama un futuro posible, una “tierra prometida”. Hay allí un deseo, una erótica previa, que mueve a la voluntad y la atrae, cuyo fundamento es la belleza del saber que se da por descontada. Pero, además, estas personas ven la utilidad de este mutuo compartir los hombres sus conocimientos. Imaginan, de alguna manera, una suerte de gran mesa, de fraterno y abundante banquete, en el que todos compartamos el saber como hermanos, “para que la sociedad humana no sea algo peor que la soledad estéril”, tal como ocurriría de no existir este intercambio.

Para Agustín, entonces, el conocimiento no es algo que debemos guardarnos celosamente para nosotros, sino que tiene por objeto ser compartido. Por ese motivo, quien lo estampa en su *Curriculum Vitae* y lo deja allí enmarcado no comprendió de qué trata esta aventura. Se asemeja a alguien que construyera una casa con decenas de habitaciones y la habitara él solo, o con una o dos personas. No es ese el objeto. Más aún: si bien esta premisa es válida para cualquier ámbito, mucho más debemos enfatizarlo en una universidad cristiana, ya que bien podemos decir que proceder en forma tan centrípeta no refleja en absoluto el espíritu evangélico que debe animar la tarea. Dado que se suele hablar de “la luz de la razón” o “del conocimiento”, bien vale recordar el texto evangélico que refiere que no se enciende una luz para esconderla, sino para ponerla sobre la mesa y que ilumine a todos (Mt 5, 15). Del mismo modo, el objetivo del saber no es la esterilidad egocéntrica, sino la mayor democratización posible.

Además, en nuestra época, tenemos otra urgencia. Sin ánimo de ser reaccionarios, podríamos decir, sin embargo, que, frente a tanta chabacanería como la que se observa en nuestros tiempos, urge con más premura la necesidad de hacer carne este planteo. En la vida cotidiana nos quejamos de los ritmos actuales, de las películas comerciales y de la literatura pasatista, y elaboramos profundas reflexiones sobre todo ello, pero a la hora de publicar nuestros avances la academia nos exige que sigamos divulgando ese conocimiento en lenguaje críptico para que lo comprendan solamente nuestros colegas. Procediendo así, muchos quedan fuera de la fiesta del saber, en una época en la que más que nunca es necesario que todos nos sentemos a la mesa. Al respecto, nuevamente el ejemplo de María Clara Bingemer resulta ilustrativo: sus textos son amables, accesibles, y la elegancia de su exposición se complementa con una cordialidad de rara intensidad. Quizás se deba a que lleva adosada a su identidad la palabra “agape”.

<sup>12</sup> Original: *Quid ergo amat, nisi quia novit atque intuetur in rationibus rerum quae sit pulchritudo doctrinae, qua continentur notitiae signorum omnium; et quae sit utilitas in ea peritia, qua inter se humana societas sensa communicat, ne sibi hominum coetus deteriores sint quavis solitudine, si cogitationes suas colloquendo non misceant.*

## “Le cœur a ses raisons que la raison ne connaît pas”

Todo esto podría llevarnos a pensar que la vida intelectual, entonces, consiste en amar y debatir en un diletantismo interminable, sin preocuparnos por la seriedad de nuestras pesquisas o sin ajustarnos al necesario rigor científico. Una suerte de psicologismo de poca monta, que guíe nuestras investigaciones y nuestra labor pedagógica por los tumultuosos laberintos de las pasiones. Una vez más, creemos innecesario decir que no es ese el propósito que nos anima; sin embargo, para dejar en claro nuestra postura, vamos a recurrir a tres pensadores. El primero es Pascal, quien acuñó esa frase que, a esta altura, es casi un adagio: “el corazón tiene sus razones que la razón no conoce” (Pascal, 1997, p. 131; manuscrito de Brunschwig, 277). El corazón, en efecto, aporta un *plus* a la tarea de la razón, cuya importancia no es desdeñada ni soslayada, sino simplemente ubicada en su justo rol. El *esprit de finesse* que el pensador de Port Royal opone al *esprit de géométrie* que requiere cierta disposición del espíritu. Pero no se contraponen, sino que se complementan. Lo mismo podríamos decir, por ejemplo, de la lógica simbólica en relación con la lógica aristotélica, o de la hermenéutica en relación con el estudio de la materialidad del texto. Ahora bien: ¿en qué sentido son complementarios estos aspectos? Precisamente en que el corazón aporta a la búsqueda de la verdad una mirada que, de suyo, el método científico no posee. Podemos entonces retomar nuestra hipótesis inicial y decir que el amor define una actitud epistemológica, que no solo redundaría en beneficio del progreso moral de aquel que se dedica a la vida intelectual, sino que, como hemos visto, lo hace investigar, producir y enseñar mejor de lo que haría sin partir de esa base afectiva. Conocemos mejor y más profundamente cuando amamos, porque el corazón mueve mecanismos en los que la razón no repara.

Al mismo tiempo, esto llevaría a un acrecentamiento mutuo de la inteligencia y del corazón. “Solo la verdad vence. La victoria de la verdad es el amor”, dice Agustín en el sermón 358. En efecto, el amor y la verdad se encuentran profundamente relacionados. Si el primero vence, estamos ante una manifestación de la verdad, y si la segunda prevalece, estamos ante una afirmación del amor y de su preeminencia. No hay amor en el error, porque, como dijimos, el amor propicia una actitud epistemológica que lleva, al menos, a la formulación de preguntas apropiadas y, por lo tanto, a un continuo avance. En esto está la esencia de este camino: en saber que siempre habrá un más allá, una llamada a subir más alto y llegar más lejos. Como decía Gregorio de Nisa (1998, p. 82, traducción propia)<sup>13</sup>,

el bien obtenido es sin cesar mayor que el precedente; por lo tanto, no pone fin a la búsqueda, sino que la obtención de un bien se vuelve descubrimiento de otros bienes más elevados para aquellos que progresan. Quien sube no se detiene jamás, yendo de comienzo en comienzo, y el comienzo de bienes cada vez mayores no tiene fin.

Ahora bien: ¿en qué influiría, concretamente, esta actitud epistemológica indispensable de la que hablamos, a la hora de pensar en el avance del conocimiento? Porque convengamos en que una cosa es la grandeza moral del intelectual, y otra su competencia académica. Para dilucidar este punto recurriremos a un tercer autor: Thomas Merton. En la introducción que escribió para la publicación de *Vida en el amor* de Ernesto Cardenal – quien, recordemos, fuera novicio en la abadía de Gethsemani en la que Merton era monje, este místico del siglo XX dice lo siguiente:

En realidad, no hay más que amor. Pero este amor podría estar en contradicción consigo mismo. Puede ser al mismo tiempo amor y odio, amor y codicia, amor y miedo, amor y celos, amor y lujuria.

<sup>13</sup> Original: *Le bien obtenu est sans cesse plus grand que le bien précédent; il en met pas pour autant un terme à la quête, mais l'obtention d'un bien devient découverte de biens plus élevés, pour ceux qui progressent. Celui qui monte en s'arrête jamais, allant de commencement en commencement, et le commencement des bien toujours plus grands n'a jamais de fin.*

Su destino es ser simplemente amor, sin ninguna otra cosa contradictoria. Pero no puede cumplir este destino si nosotros tratamos únicamente de suprimir el odio, la codicia, el miedo, los celos, la lujuria. Estas fuerzas malignas reciben su poder solamente del amor. Suprimirlas es suprimir el amor. Debieran, más bien, por el contrario, ser conscientes de sí mismas como amor, y cuando lo sean, ya no desviarán la energía del amor para servir a lo que no es amor (Merton apud Cardenal, 1974, p. 16).

El amor, para Merton, canaliza estas energías que pueden ser muy negativas pero que, en definitiva, no son más que un amor desordenado. Permite que el trigo y la cizaña convivan (Mt 13, 24-30), por la sencilla razón de que suprimir eso que se percibe – con justicia – como maligno implicaría, al mismo tiempo, “suprimir el amor”. Por eso es necesario reencauzar estas fuerzas desordenadas. Este es un llamado a tantos académicos que, como dijimos, mantienen una actitud egoísta respecto del avance de sus trabajos, o se niegan a aceptar el punto de vista de los otros, o simplemente los menosprecian. El problema reside en que no hablamos tan solo de difundir o compartir el conocimiento, sino que esta dinámica propia del amor apunta a la médula del avance de la ciencia. Como bien sabemos, desde Kuhn hasta la fecha, los paradigmas científicos se contraponen, dialogan, compiten, y de esa contienda saludable nacen las nuevas ideas y los nuevos horizontes. Esto, a su vez, está en directa consonancia con lo que sostiene Merton algunas páginas más adelante:

Cada vez que el amor acepta una “muerte” parcial se refirma como amor, se reafirma como vida, triunfa sobre la muerte y supera la contradicción interna de la vida en nosotros. Por eso en realidad el amor exige esta contradicción para actuar en nuestras vidas [...] Hay que aceptar esta muerte del amor para vivir la ida del amor (Merton apud Cardenal, 1974, p. 19).

Solo desde el amor se puede morir a las propias certezas y darles la bienvenida a otros paradigmas. Es el amor el que permite que aceptemos esa “muerte parcial” que implica el hecho de renunciar a las ideas que ya nos habíamos formado, a los paradigmas en los que nos sentíamos cómodos. Así como “el amor exige esta contradicción para actuar en nuestras vidas”, bien podríamos decir que el conocimiento exige esta actitud epistemológica basada en el amor para avanzar. Vemos, entonces, cómo el planteo cambia en forma radical: no se trata de una bondad voluntarista, sino del hecho de que no hay seriedad académica ni reconfiguración de los paradigmas científicos sin un amor de base que nos abra el corazón para aceptar las disidencias y las novedades, y nos impulse a obrar en consecuencia.

## Conclusión: eros, filía, agape

A lo largo de estas páginas, hemos reflexionado acerca de ciertas características que remarcan la importancia del amor en la vida intelectual. Podríamos haber elegido otras, pero las que trabajamos fueron, en su totalidad, las que nos resultaron más relevantes al ver la trayectoria académica de la doctora María Clara Lucchetti Bingemer. En ella es posible reconocer ese eros que la impulsa a teñir de pasión todo lo que estudia y sobre lo que escribe; también esa *filía* que la hace hermanarse con sus colegas, empatizar con ellos, o incluso con quienes están recién empezando en la vida intelectual, y que la impulsa a revisar continuamente sus presupuestos para avanzar siempre; y ese agape por medio del cual amplía siempre la mesa y aporta su saber para que todos nos beneficiemos de él. Ella es una muestra cabal de esa actitud epistemológica que el amor puede definir, al compartir con los demás lo que descubre cada día y lo que la hace feliz, a fin de que todos nos alegremos con su alegría. Como dice su admirada Adélia Prado,

Deus põe no céu o arco-íris, uma palavra selada, seu hieróglifo.  
Não tenho mais tempo algum, ser feliz me cosome  
(Prado, 2019, p. 114).

## Referencias

- Balthasar, H. U. von. *La verdad es sinfónica*. Madrid: Encuentro, 1992.
- Bingemer, M. C. O espanto da luz e a inocência da carne - (a poesia de Sophia de Mello Breyner e de Adélia Prado). *Teoliterária, Revista De Literaturas E Teologias*, v. 11, n. 23, p. 194-220, 2021. <https://doi.org/10.23925/2236-9937.2021v23p194-220>
- Cardenal, E. *Vida en el amor*. Buenos Aires: Ediciones Carlos Lohlé, 1974.
- Carou, M. Dag Hammarskjöld, Christophe Lebreton, Roger de Taizé: heridos, místicos y poetas. *Teoliterária*, v. 20, n. 20, p. 302-317, 2020. Doi: <https://doi.org/10.23925/2236-9937.2020v20p302-317>
- Carou, M. Taizé y la encrucijada espiritual contemporánea. *Criterio Digital*, n. 2296, p. 441-444, 2004.
- Garrocho Salcedo, D. Los profesores ya no leemos. *Diario ABC Premium*, [s. l.], 5 feb. 2024. Opinión. Disponible en: <https://www.abc.es/opinion/diego-s-garrocho-profesores-leemos-20240205191802-nt.html?ref=https%3A%2F%2Fwww.abc.es%2Fopinion%2Fdiego-s-garrocho-profesores-leemos-20240205191802-nt.html>. Acceso: 9 feb. 2024.
- Gibellini, R. *La Teología del siglo XX*. Santander: Sal Terrae, 1998.
- Jaspers, K. *La filosofía*. Buenos Aires: FCE, 1992.
- Juan Pablo II. Discurso en Taizé. *Ateliers et Presses de Taizé*, [s. l.], 17 abr. 2008. Disponible en: [https://www.taize.fr/es\\_article6748.html](https://www.taize.fr/es_article6748.html). Acceso: 8 feb. 2024.
- Michel Foucault: enseñar, aprender, una erótica del saber (1975) (Sub-Esp). [s.l.: s. n.], 2020, 1 video (6 min 34 seg). Publicado pelo canal Santiago Diaz. Disponible en: [https://www.youtube.com/watch?v=\\_rYmMTIZPHM&t=200s](https://www.youtube.com/watch?v=_rYmMTIZPHM&t=200s). Acceso em: 5 feb. 2024.
- Nissa, G. *AAVV Soyons l'âme du monde. Textes choisis des chrétiens des premiers siècles*. Taizé: Les Presses de Taizé, 1998.
- Pascal, B. *Pensamientos*. Barcelona: Altaya, 1997.
- Prado, A. *Poesía reunida*. Buenos Aires: Griselda García Editora, 2019.
- Recalcati, M. *La hora de clase*. Por una erótica de la enseñanza. Barcelona: Anagrama, 2016.
- San Agustín. *Obras de San Agustín*. Tratado sobre la Santísima Trinidad, tomo V. Madrid: BAC, 1966.